

y otro, estableciendo un servicio de recadero entre la capital de la provincia y su pueblo.

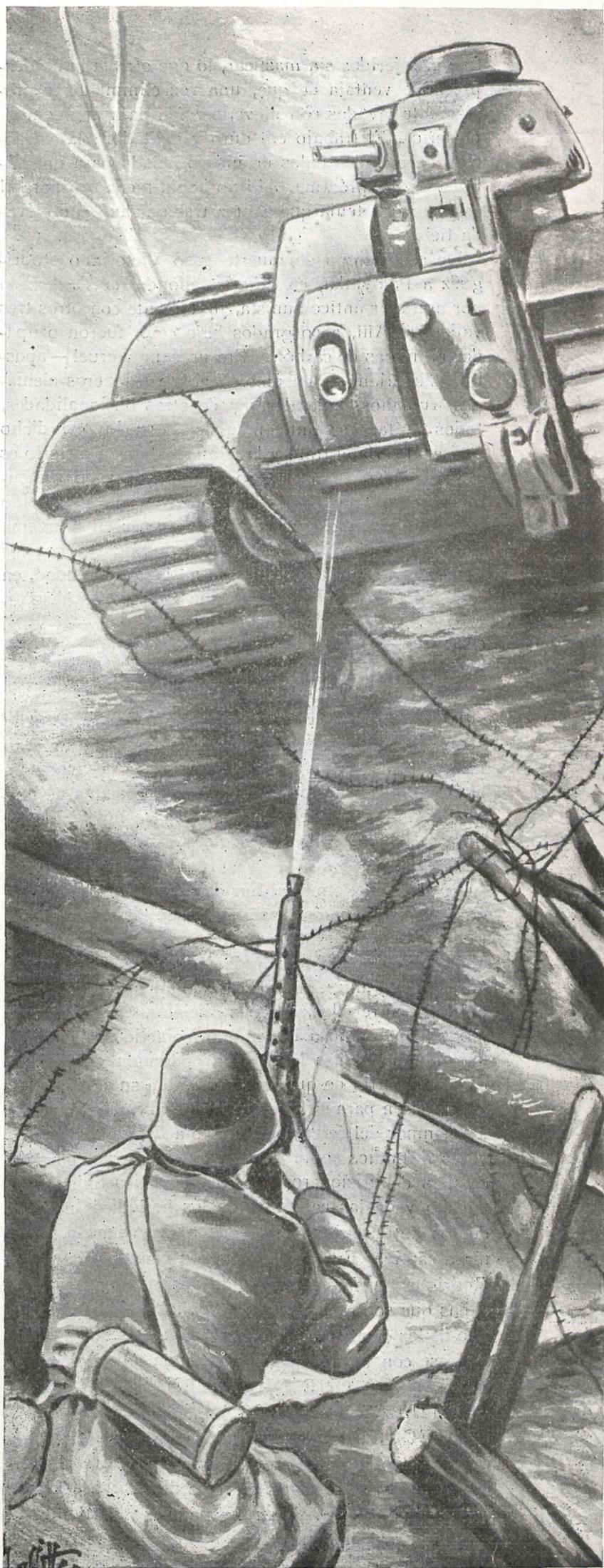
El 24 de mayo de 1941 le sorprende en Badajoz, adonde acaba de llegar con su pequeña recua. Las divisiones alemanas han cruzado la frontera rusa, y el entusiasmo anticomunista, que resuena a lo largo y a lo ancho de todo el territorio nacional, tiene su eco debido en Badajoz. El «Rusia es culpable» resuena por las calles de la capital extremeña, y el ardor combativo contra los enemigos de la civilización se vuelca en los banderines de enganche; Victoriano no duda tampoco en esta ocasión, y su nombre queda inscrito en las listas de los voluntarios.

Cuartel del Infante, de Madrid, inolvidable despedida en la estación del Norte, campamento de Grafenwörz y marcha a pie hasta el corazón de Rusia, son las etapas que conducen a la gloria o a la muerte. Ya está Victoriano Rodríguez en su puesto de cabo de la quinta Compañía del 262 Batallón de la gloriosa División 250. Enfundado en su capote militar, la metralleta al brazo y la bomba de mano presta, monta su guardia en la primera línea durante el duro invierno del 41 al 42, tomando parte en todas las acciones locales en que intervino su unidad. Así llegó su última noche de libertad: la del 10 de febrero de 1943. De madrugada, apenas un débil clarear en el horizonte, la artillería rusa empezó a disparar; la metralla de 200 baterías, con un total de 800 bocas de fuego, cayeron sobre las posiciones españolas que guarnecían el sector de Krasny Boor: «Doscientas baterías haciendo fuego son muchas baterías», comenta Victoriano al hilo del relato.

Después de cuatro horas de bombardeo, pulverizados los puestos españoles, comenzaron los rusos el asalto, al que los nuestros replican con el fuego cruzado de los fusiles ametralladoras. Tres inútiles intentos hicieron los rusos hasta que, convencidos de lo sangriento que les era el atacar de frente, lo hicieron, con gran número de tanques, por el flanco izquierdo. Rodeados por todas partes y con innumerables bajas, los españoles resisten; el propio Victoriano es herido por casco de metralla en la mano derecha, aunque, vendado por su propio capitán, sigue haciendo fuego hasta que, a la cuatro de la tarde, abrumado por la superioridad física de los contrarios, es hecho prisionero con sus compañeros. Al preguntarle por la impresión del momento, él responde: «No se da uno cuenta de nada; como si uno estuviera anestesiado; no importa nada la muerte que se presiente próxima».

En este estado de ánimo la columna de cautivos es conducida a Kolpino, la primera cuenta del rosario de su cautiverio a través de la inmensa geografía moscovita, que iban a ir penosamente desgranando durante once largos años. Tras brevísima estancia en Kolpino, donde los oficiales fueron interrogados, y en una casa deshabitada de Leningrado, los prisioneros españoles fueron conducidos a su primer campo de concentración.

CHEPOROVIST.—Campo de exterminio, donde murieron los primeros españoles. La alimentación era a base de trigo cocido. La avidez hacía que los granos



fueran ingeridos sin masticar, lo que ofrecía la no despreciable ventaja de que, una vez eliminados y previamente lavados con nieve, servían para una comida posterior. El trabajo era duro y agotador; la extracción de grandes palos de un río helado para una fábrica de luz próxima. Allí no había piedad ni para el enfermo que tenía que salir a trabajar aun con elevada fiebre.

De este campo de muerte pasó Victoriano Rodríguez a Palovinka, en Siberia, adonde fué desterrado por agitador anticomunista, juntamente con otros tres valientes. Allí, a 50 grados bajo cero, fueron ocupados en minas de carbón: «Era un campo cruel —apostilla Victoriano—, en donde había prisioneros alemanes, rumanos, holandeses y de otras nacionalidades, todos agitadores anticomunistas, con lo que dicho está cuál sería el trato y la alimentación». Lo cierto es que, extenuado por el duro trabajo y el poco alimento, y como final obligado y previsto, fué conducido en junio de 1944 a un campo de reposo en la misma ciudad de Palovinka, «cuando ya no podía ni con los pies». Aun cuando no se les permitía ir a la ciudad, en este campo de reposo hacían una vida de descanso total y de mejor alimentación, a fin de que —al igual que se repara una máquina—, una vez repuestos, los prisioneros pudieran volver al campo y trabajar en las mismas condiciones de dureza anteriores.

Esta vez fué llevado a Nisnitaguil, en el extremo Sur de los Urales, centro industrial de guerra de gran importancia. Trabajó en una fábrica de maderas, mientras otros compatriotas lo hacían en una de tanques. Aquí permaneció hasta el 25 de noviembre de 1945, y se enteró de la derrota y capitulación final de los alemanes.

POTMA.—A Potma, al Sur de Moscú, fueron conducidos los prisioneros españoles desde los más alejados puntos de la geografía soviética, y allí fué conducido Victoriano Rodríguez desde las orillas del Caspio. Volvió así a unirse con el grueso de los cautivos españoles y, entre ellos, con sus oficiales. Se hablaba de repatriación, pero a la vez eran sometidos los prisioneros a una intensa labor de propaganda y de captación, con el fin de que, renunciando a su nacionalidad, se quedasen para siempre en la Unión Soviética. Eran los tiempos del cerco diplomático a España, y los mayores infundios sobre nuestra Patria corrían por los campos de prisioneros en boca de los activistas del partido y en las columnas de los periódicos murales de los antifascistas destinados a la captación de la masa cautiva. Fué en esta ocasión cuando Victoriano Rodríguez, justamente irritado por las mentiras e insidias que sobre el momento español acababa de oír a uno de los «malvados», soltó al viento helado su famosa frase con la que quedaba acallada toda polémica: «DIGAN LO QUE DIGAN, EN ESPAÑA LAS TORTILLAS DE PATATAS SEGUIRAN SIENDO REDONDAS». Frase del más puro corte celtibérico, que de entonces en adelante, como dice el capitán Palacios, se convirtió en lema de vacunación cada vez que sobre los prisioneros españoles caía una lluvia de burda propaganda.

JARKOF.—El 25 de julio de 1947 fué trasladado a uno de los campos de concentración de esta ciudad, en el corazón de Ucrania. «El infierno auténtico», dice Victoriano cuando evoca su estancia en este campo. «No hay tormento posible para el hombre, que no estuviera allí representado», afirma el capitán Palacios.

Aquí en Jarkof fué encarcelado por negarse a trabajar, ya que, según manifestó a quienes le interrogaron sobre su actitud, él había ido a Rusia «a luchar contra ella y no a engrandecerla con su trabajo». Fué encerrado en el calabozo, donde se comía, un día sí y otro no, trigo y col, cocida con pan. Cierta mañana, desde la ventana de su encierro, vió al capitán Palacios que se paseaba por el campo, y a quien hizo señas de querer decirle algo. Debajo mismo de la ventana de su celda de castigo tenía su oficina el jefe del campo y no era, por tanto, posible la conversación. Entonces Victoriano le envió un mensaje, por medio de una caja de cerillas, que decía así: «Me amenazan con ahorcarme si me niego a trabajar (en la misma plaza pública de Jarkof lo habían sido, recientemente, varios alemanes). No pienso volver a hacerlo. Sabré morir cantando el Cara al Sol». Afortunadamente la amenaza del jefe del campo no se cumplió, y Victoriano fué sacado del calabozo. Mas como quiera que él insistiese en su negativa a trabajar, fué nuevamente encarcelado. A los pocos días se le unía en el encierro, y por la misma causa, el capitán Palacios, que días más tarde era conducido a la celda fría en un régimen de mayor dureza. Cuenta el autor de «Embajador en el infierno», que una noche la puerta de su celda se entreabrió suavemente y apareció Victoriano Rodríguez que, habiendo logrado salirse de la suya, venía a ofrecerle su propia marmita de comida. Preguntado ahora Victoriano cómo pudo trasladarse de una a otra celda, él nos lo explica con toda naturalidad: las puertas de las celdas estaban cerradas con pestillo que abría por fuera; él hizo saltar el de su puerta apalancando con un trozo del viaje camastro y, una vez fuera, la del capitán fué abierta desde el exterior con toda facilidad.

Procesados ambos, Palacios y Victoriano Rodríguez, por sabotaje y agitación política, juntamente con el teniente Rosaleny y el alférez Castillo, fueron los cuatro conducidos a la cárcel de Catalina, en el mismo Jarkof, para ser juzgados por un tribunal militar. Allí estuvieron encerrados en una estrecha celda de cuatro metros por dos, a la que daba luz y ventilación un ventanuco abierto en la parte más alta de una de las paredes; una gran mirilla en la puerta permitía la constante vigilancia del centinela. En tan menguado recinto permanecían todo el día, excepto los veinte minutos de paseo en un patio interior, hasta que el 9 de febrero de 1949 (a los seis años justos de ser cogidos prisioneros) fueron conducidos ante el tribunal que había de juzgarles. Presidía éste el capitán Pujof, y lo integraban tres oficiales más con el empleo de teniente, entre ellos, una mujer de unos treinta años, «grande, fea y basta». Actuó de intérprete un español exilado, apellidado Rafales, que al principio los miró con recelo, pero cuya simpatía hacia ellos fué

ganada a medida que el acto se iba desarrollando. A nuestro Victoriano le preguntaron que a qué había ido a Rusia, a lo que contestó que «a pagar una deuda que tenía pendiente». A una nueva pregunta de si volvería a luchar contra la U. R. S. S., contestó el tenaz extremeño con un categórico «desde luego». Como Victoriano, después de seis años de cautiverio, hablaba el ruso, no le fueron precisos los servicios del intérprete. A los diez minutos escasos les fué comunicada la sentencia: «A muerte».

Nuevamente dieron con sus huesos (nunca empleada la frase con más patético realismo) en las celdas de la prisión de Catalina. Compartió Victoriano la suya con el alférez Castillo y tres rusos, acusados de bandidismo e irregularidades administrativas. Allí permaneció cuarenta y cinco días más hasta que les fué comunicado que el tribunal superior de Kiev, ante el que recurrieron, había anulado la sentencia. Parecía lógico que volvieran a los campos de prisioneros con el resto de sus camaradas, pero no fué así. Su situación no varió, y un nuevo proceso fué montado sobre los mismos hechos, y el 10 de agosto de aquel mismo año comparecían nuevamente ante otro tribunal castrense de Jarkof. Presidía éste un coronel —«éste era un coronel simpático», afirma Victoriano—, que suspendió el acto por la incomparecencia de los testigos de descargo que los españoles habían solicitado. Nuevamente en la cárcel de Catalina, donde la situación alimenticia era insostenible. Un funcionario soviético les comunicó que la comida allí era un mero trámite, pues tratándose de una cárcel de tránsito, donde los presos paraban los días escasos que precedían y seguían a la celebración del juicio, era, en definitiva, una simple parada para un punto más permanente, no un lugar de estancia como fué para Victoriano y sus oficiales, que estuvieron aquí casi un año.

Por fin, en octubre de 1949 salieron de la cárcel de Catalina con destino a Borovichi, tras hacer escalas en Ohrms, Leningrado y Moscú, en las llamadas «perisilkas» o cárceles de transeúntes, en donde disfrutaron un régimen más suave.

BOROVICHI.—En esta ciudad comparecieron por tercera vez ante un tribunal militar que nuevamente les condenó a muerte. Componían en esta ocasión el tribunal un capitán jurídico y dos comandantes, que actuaban con las pistolas encima de la mesa, y el acto constituyó, más aún que el anterior, un verdadero simulacro, al final del cual la sentencia prevista estaba ya redactada.

Conmutada la pena por la de veinticinco años de trabajos forzados, fueron los cuatro (Palacios, Rosaleny, Castillo y Victoriano) conducidos al campo llamado de La Mina, «con su formidable aparato de alambradas, garitas, perros policías y focos delatores alumbrando la zona «rastrillai». En este campo fué donde Victoriano llevó ropas de abrigo y comida al alférez Castillo cuando éste fué condenado a unos días de castigo en la celda fría, haciendo saltar con unos maderos los tableros del tejadillo del calabozo. Logró Victoriano eximirse del duro trabajo de la mina, al ser destinado al camión encargado de hacer el su-

ministro del campo, «lo que le permitía ir todos los días a la ciudad a recoger el pan al mismo establecimiento donde cada mañana llegaba otro camión del campo número 3», donde estaba el grueso de los prisioneros españoles. Esta circunstancia permitió entrar a los del campo vecino de lo que los de La Mina sabía; es decir, que se recibían cartas e incluso paquetes para ellos, y que no se les entregaban; hecho éste que motivó el famoso motín de Borovichi, en el que los prisioneros españoles se apoderaron del campo «en una violenta sacudida de ira colectiva».

SVARLOF.—En 1951 fué conducido, con sus compañeros, a Svarlof, en los Urales, cara a la Siberia. Ciudad de más de un millón de habitantes, rodeada, como Borovichi, de un cinturón de campos de concentración en número de once, y en donde los sentenciados cumplían sus penas. Los cuatro compañeros de proceso y condena fueron enviados al campo número 7, llamado «Peirvaya Maika», en donde llegaron a reunirse hasta quince españoles más, dedicados todos a trabajos de construcción. Aquí Victoriano dió nuevamente con su cuerpo en el calabozo, donde armado de un fuerte madero cometió tales destrozos, que tuvo que ser trasladado a otro campo, separándole de sus compañeros.

Conducido al campo número 3, «Piervo Ural», recibió en un principio un mejor trato, pero enterado por unos alemanes de la acción de los españoles en Borovichi, inició otra huelga del hambre, arrastrando a otros compatriotas en tal actitud con el fin de conseguir correspondencia con sus familias, derecho del que disfrutaban otros prisioneros. Por su actitud de intransigencia con los remisos y «chivatos», fué condenado a un año de cárcel de rigor y conducido a la prisión de castigo de «Nova Cherkasch», en las proximidades de Rostof. Permaneció aquí en una incómoda celda colectiva de 16 prisioneros durante nueve meses, hasta que a la muerte de Stalin fué decretada una amnistía general y se abrió el camino de la repatriación.

CHERBACHOF.—Este fué ya el campo de la repatriación, donde gozó de un régimen de descanso y buena alimentación y en donde fueron reunidos los restantes prisioneros españoles. Aquí estuvo siete meses y, tras breve estancia en Moscú, ciudad que al fin pudo visitar en semilibertad durante todo un día, y en los campos de Don y Schater, en unión de 286 prisioneros más, al mando de un teniente y sargento rusos, llegó a Odesa el 20 de marzo de 1954.

Lo que siguió después es sobradamente conocido para todos españoles que siguieron con emocionado interés las singladuras del «Semíramis» hasta su arribo al primer puerto de la Patria.

Así fué, a grandes rasgos, la vida de Victoriano Rodríguez en la cautividad; llena de heroísmos, «pequeños para leerlos aquí, inmensos para haber sido realizados allá; heroísmos fuera de precio, porque muchos de sus protagonistas eran gentes oscuras, que hicieron cosas increíbles en el anonimato, sin poder siquiera volver la cara a la galería y pedir un aplauso».



ORTEGA Y GASSET, a su regreso a Madrid, después de ocho años de ausencia, se remadrileña y recorre con pasión de enamorado todos sus rincones. Por el Retiro pasea, y su pensamiento, tan universal, se hace, al discurrir de las horas cotidianas, sencillo y hasta frívolo.

ORTEGA Y GASSET Y MADRID

JOSE Ortega y Gasset, que ahora se nos ha ido de una manera rápida, diré mejor urgente, en una dulce mañana de un otoño dorado, era infinitas cosas. Era don José Ortega filósofo y escritor de la más bella y exacta prosa; era catedrático y arquetipo de amabilidades y galanteerías; era, y a esto quería llegar en seguida, un madrileño cabal, que sin ser ni llegar a lo que es un madrileño castizo, se le parece mucho.

Madrileño de cuna, que llevó siempre a Madrid en su ancho y generoso corazón, igual cuando andaba por nuestras calles que cuando corría el mundo, aquel que tenía contenido y aquel otro al que un día llamó «Continente sin contenido».

El Madrid de don José Ortega arranca del día de su nacimiento en Alfonso XII, para acabar con su muerte en Monte Esquinza, 26. La calle de Alfonso XII, cuando nace Ortega, en un hogar burgués de buenos y sólidos muebles, de cuadros con firmas que ya tienen solidez, es más campo que ciudad. Por un lado, el Retiro; por el otro, alguna burguesa casa como lo es la suya, como lo es el hogar de don José Ortega Muniña, su padre. Hay por allí desmontes, y el único comercio es alguna vaquería, donde los madrileños que no son castizos, los que no gustan del baile, suelen ir a merendar con la familia.

Desde muy chico, desde muy niño, Ortega empieza a caminar la ciudad de la mano del padre; empieza a conocer el Retiro, ese Retiro al que hasta casi su fin será fiel. Como éste no es un artículo construido con fechas y fichas, traigamos aquí, en vez de alguna frase en torno al parque, la estampa de don José, el don José de los últimos años, cuando, entre un viaje a Alemania y otro a Londres, paseaba junto a la Rosaleda con Julián Marías o con Fernando Vela, sus más dilectos amigos. Sus paseos al sol o a la sombra de los grandes árboles en las avenidas que llevan nombres de los países de América, tratando, no como pudieran creer los que no le conocían, de temas puros de la Filosofía, sino de toda una suerte de cosas pequeñas y hasta frívolas, de esas que a diario hablan todos los hombres.

Si Ortega tiene un fondo de la calle de Alfonso XII y otro del Retiro, guarda otros varios de las calles que traen y llevan, que traían y llevaban a *El Imparcial*, el periódico que pilotara su padre y en donde salieron a la luz tantas firmas de los que luego serán los grandes de las Letras y el periodismo. Entonces los grandes eran unos jóvenes que entraban con fuego graneado en el periodismo. El periodismo que los llevará a cumbres muy altas, y del que Ortega un día hará un bello elogio.

El Madrid de *El Imparcial*, situado en la calle de Mesonero Romanos, y el Madrid de la Universidad le atan con fuerza a ese nuestro barrio latino con billares, librerías de viejo y calles un poco en pecado, por las que él, hombre de buen gusto, no transcurre.

Con el padre, con los amigos y solo más tarde, va a andar despacio ese Madrid entre universitario y popular. Ese Madrid que él aprende a amar en sus mejores esencias y que él no dejará un momento de evocar en sus días mayores, ya lejos de la ciudad querida.

Podríamos traer, cogidas de sus libros, citas y citas, donde están el amor y la presencia madrileñas; podríamos hacerlo, pero preferimos dejar lo erudito para señalar lo entrañable. Lo entrañable es Ortega buscando libros viejos en los baratillos de San Bernardo y acudiendo en alguna ocasión, cuando llega el carnaval, a los bailes de la Zarzuela.

Ortega es figura que despierta fervores en la Universidad de la calle de San Bernardo, que los despierta cuando llega a Filosofía y Letras de la Universitaria. Ortega, ya en los últimos tiempos de la Central y de Filosofía y Letras, no es ya caballero de a pie, sino de automóvil. Un automóvil con el que ha recorrido España en unión de Pío y Ricardo Baroja.

En esta teoría de casas y calles madrileñas en el vivir de Ortega, hay que colocar a los hoteles que se sitúan junto a la Resi, allí donde un día nacerá El Viso. Allí tuvo un hotel Ortega cuando había por aquellos andurriales más lagartos que autobuses, más jaramagos que cemento. Aquello era medio campo, era medio pulmón de la ciudad. Otro medio pulmón ciudadano, en donde también Ortega es huésped en el Golf de Puerta de Hierro,

ese Golf de Puerta de Hierro del que él ha escrito una de sus más bellas páginas literarias.

Ortega tiene también una atadura en años maduros a la calle de Serrano, esquina a la de Marqués de Villamejor, por más señas. Era un hogar muy burgués, no modernista, no rico; era una típica casa de un catedrático, de un escritor, con libros por todas partes. Esos libros por todos sitios que luego nos hemos de encontrar en Bárbara de Braganza, otro hogar madrileño; más tarde lo será de la *Revista de Occidente*, y en su último hogar, Monte Esquinza, 26, sexto derecha.

En su vuelta a Madrid, tras de los años de la guerra, Ortega se remadrileñiza. Lo hace en los paseos por Monte Esquinza y Recoletos, por el parque del Retiro y el del Oeste, en las cenas en las viejas tabernas de Mayor, de la Puerta de Toledo, en Bárbara de Braganza, con tertulia en la *Revista de Occidente*. Y ahora, al citar este lugar madrileño del filósofo, no dejemos caer en el olvido el domicilio de la *Revista* en la Gran Vía, que entonces era la avenida de Eduardo Dato.

Naturalmente que nos hemos dejado sin querer en el tintero algunos lugares más del Madrid del vivir de Ortega. Nos hemos dejado la Plaza de Toros, el Sanatorio Rúber. Nos hemos dejado algunos otros más que un día, un historiador veraz y erudito, a lo Gamallo Fierros, recogerá.

Hemos querido tan sólo trazar un itinerario del madrileñismo de Ortega, que nace en Alfonso XII y termina en San Isidro, donde hoy descansa en paz a la sombra de los cipreses, a la vera del campo que pintara Goya, otro español, como él, universal.

JUAN SAMPELAYO

